

PANORAMA HISTÓRICO DE LA OPOSICIÓN EN MÉXICO (PERIODO 1965-1991) *

Arnaldo CórdoVA

SUMARIO: I. *Introducción*; II. *El Partido Acción Nacional*; III. *La izquierda*; IV. *Conclusiones*.

I. INTRODUCCIÓN

En primer término pienso que deberíamos fijar y definir el concepto mismo de oposición para distinguirlo de la oposición en México. Oposición significa, por supuesto, oponerse; en política, oposición es oponerse desde afuera a un partido o a un poder que gobierna. En un país democrático, estar en la oposición no implica necesariamente estar en contra del Estado, sino del partido que gobierna, y esto porque se han perdido unas elecciones o porque otro partido ganó unas elecciones. En México, la oposición quiere decir otra cosa. En México, oponerse a un partido que gobierna no tiene el significado que en un país democrático tiene el oponerse a un partido que gobierna. En México, oponerse al partido gobernante implica oponerse directamente al gobierno. Oposición antigubernista, eso es, por naturaleza, la oposición política en México, y no puede ser de otra manera. En México hay una clara imposibilidad, a lo largo de la historia, para la alternancia de partidos en el ejercicio del poder del Estado. En México, la oposición siempre ha estado fuera del gobierno y el gobierno no ha aceptado nunca a la oposición como una fuerza alternativa en el ejercicio mismo del poder. La oposición en México no lucha por alcanzar el gobierno, como lucha la oposición en cualquier país democrático, sino que necesariamente lucha contra el gobierno. Hay muchos estudiosos que piensan que ese es uno de los defectos más notable de la oposición mexicana; en efecto, lo es. Tenemos muchos ejemplos de oposición llevada al extremo, lo que en una pers-

* Transcripción corregida de la intervención del autor en el coloquio.

pectiva antigobiernista es llegar a la subversión del orden y de la legalidad. Pero mi postulado es que no puede pensarse en una oposición en México que no sea de raíz, por naturaleza, antigobiernista, y éste es el problema que marca la historia de la oposición a lo largo del periodo posrevolucionario. Creo que de la exposición de Horacio Labastida podríamos entresacar muchas pruebas de que, en efecto, la oposición es, ante todo, eso: antigobiernista. Estoy seguro de que, con excepción de la castrense, entre las formas de oposición que ha propuesto Horacio, en el periodo 1965 a 1991, que se me ha encomendado tratar, podríamos encontrar casi todas esas formas de oposición. Por economía de tiempo, me voy a referir solamente a la oposición partidista, y de ésta, trataré únicamente dos formaciones, de manera muy somera: por un lado, el Partido Acción Nacional, y por el otro, lo que ha venido siendo la izquierda que se ha conformado en este periodo. Desde luego, no voy a hacer historia; en media hora no podría hacerlo. Simplemente señalaré algunos de los grandes rasgos que definen la naturaleza y la actuación de la oposición en México.

Quisiera, desde luego, comenzar señalando un hecho que parece obvio, pero que hay que recordar una y otra vez, y es que, de alguna manera, la oposición al régimen establecido no surge de manera espontánea, sino que el mismo régimen, no digamos que la inventa, pero sí que la favorece. Cuando se fundó el partido oficial en 1929, uno de los *eslogans* favoritos de los dirigentes del partido era: “nosotros representamos a las fuerzas que lucharon y ganaron en la Revolución. Sabemos que el país está poblado por muchas otras fuerzas. Les extendemos una invitación a que se organicen y compitan con nosotros por el poder”. Todos sabemos —y Horacio lo ha recordado de alguna manera—, lo que significó la fundación del partido oficial. Se trató de organizar, en una sola formación, a todos los grupos revolucionarios que entonces andaban dispersos y que muchas veces se atacaban, incluso por medio de la fuerza física, por medio de las armas. La unificación de las fuerzas revolucionarias, en efecto —y creo que por primera vez, desde el punto de vista político—, las enfrentó a la realidad de que no eran las únicas que existían en el país. La rebelión cristera fue una prueba suficiente de que los revolucionarios no eran los únicos que existían en el país. Ellos gobernaban, ellos tenían el poder del Estado en sus manos, pero no eran los únicos. La idea misma de la organización del partido quería responder a la existencia de esas otras fuerzas que, de uno u otro modo, iban a atacar siempre al Estado revolucionario, aunque no lo pusieran en peligro. En realidad, después de la rebelión de 1923 —la rebelión dela-

huertista— el Estado de la Revolución Mexicana jamás ha estado en peligro.

¿Por qué el gobierno y el partido oficial quieren una oposición? Algo que los estudios históricos han acabado por demostrar es que estas fuerzas gobernantes han necesitado siempre legitimarse frente al conjunto de la sociedad. Por eso han permitido la oposición y por eso, en ocasiones, han facilitado su creación, y puede decirse incluso que, en ciertos casos, hasta la han inventado. Hay partidos a lo largo de la historia del siglo XX que han sido inventados por el gobierno para legitimar, en una lucha aparente, las instituciones del régimen dominante.

II. EL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Pero vayamos al PAN. El PAN fue definido por sus fundadores, no como un partido de derecha, como siempre se dice, sino como el partido que habría de conducir a retomar el camino democrático maderista de la Revolución Mexicana. El PAN no nació negando la Revolución Mexicana, sino reivindicando su primera etapa, la etapa maderista. Los panistas siempre se consideraron maderistas y ésta es una herencia que tomaron de Vasconcelos, cuando Vasconcelos se opuso al régimen revolucionario al que había servido con tanto ahínco. Vasconcelos inventó la teoría de que la verdadera revolución había sido la de Madero y que los continuadores de Madero la habían traicionado; que la Revolución había nacido con una misión democratizadora y que, por el contrario, había culminado como movimiento que restauraba la dictadura en nuestro país. Gómez Morín, seguidor de Vasconcelos, retomó esta idea y así definió al PAN. (Desde mi punto de vista, es una idea que el PAN no ha sabido explotar adecuadamente. Hay periodos enteros en los cuales se olvida de esa idea fundadora.) Gómez Morín sabía que no podía fundar un partido que se opusiera abiertamente a la Revolución, a la Revolución como obra histórica, a la Revolución como organización política y como modo de ver y de sentir la política de las grandes masas movilizadas durante los años treinta. Ha sido solamente de vez en cuando que los panistas han retomado esta idea fundadora.

Al igual que para Madero, para el PAN el problema no son las leyes. Madero decía que no había necesidad de cambiar las leyes, sino a los hombres. Hay que sustituir a los hombres para tener un buen gobierno, porque el mal gobierno lo producen los hombres, no las leyes. Al igual que para el primer Madero, las elecciones son el camino (Madero convocó después a la revolución, pero yo creo que esto nunca lo va ha hacer el PAN), y a través de ellas, se busca trabajar pacientemente para minar

las bases antidemocráticas y autoritarias del régimen establecido, hasta que finalmente la democracia sea una realidad en el país. Esquemáticamente, esa es la doctrina política fundamental del Partido Acción Nacional y creo que se ha atenido a ella con una constancia verdaderamente admirable.

En el periodo de referencia que me toca analizar, el PAN no siempre mostró esas cartas, que son las cartas fundadoras del propio partido. Quiero decir que a veces se olvidaba de ellas, pero su actuación siempre ha respondido a esa divisa fundadora. Respetuoso de la ley, mucho más que su oponente oficial, el PAN ya cumplió 52 años actuando en esa línea política fundamental. Excepto por algunas rebeliones pasajeras, fruto de la impaciencia, el PAN casi siempre ha sido el mismo. Aceptó las fórmulas de los diputados de partido de 1962 y 1972 y se convirtió en uno de los grandes usufructuarios de la reforma de 1977. En la medida en que ha crecido, sobre todo después de 1979 —precisamente cuando se hicieron las primeras elecciones bajo el régimen de la LOPPE— el PAN ha sufrido algunos enfrentamientos internos que, desde luego —y esto ha salido a la luz pública, no es secreto— tienen que ver a veces con la discusión en torno de los principios fundadores, pero en otras ocasiones, como ocurrió a la mitad de los años setenta, se trata de luchas internas por apoderarse de la dirección del partido; o bien, se refieren a la actuación misma del partido en el escenario político nacional. En la medida en que un partido crece, es normal que estas cosas sucedan. No me parece de ninguna manera extraordinario o poco aceptable, que en el Partido Acción Nacional se produzcan estos enfrentamientos internos. Las denominaciones son lo de menos. Para mí casi no tiene significado esa oposición que se da entre panistas y neopanistas, aparecida en la segunda mitad de los años ochenta, porque he visto que unas veces unos son panistas y otros neopanistas, pero un año más tarde resulta que los antiguos panistas ya no son panistas sino neopanistas, y así por el estilo. Un ejemplo: ese grupo disidente dentro del partido que se llama Foro Doctrinario, cuenta entre sus filas con muchos antiguos denominados neopanistas, y luego parece que el Foro Doctrinario representa, ni más ni menos, una lucha reivindicadora de los principios fundadores del partido.

Sin embargo, en su actuación en el escenario político nacional, el Partido Acción Nacional, como gran partido que es ya, tiene también problemas, sobre todo en lo que se refiere a sus relaciones con el gobierno. Eso es lo que ha tendido fundamentalmente a dividir en lo interno al partido. ¿Cómo actuar frente al gobierno?, ¿negociar o no negociar? O como se dice ahora ¿concertar o no concertar?, ¿ponerse de acuerdo o no ponerse

de acuerdo con el gobierno? Ésta es una cuestión que en otros países, en los democráticos, no plantean en lo absoluto ningún peligro para los partidos que negocian continua, aunque no siempre abiertamente, con el gobierno. En México esto es un problema justo porque la oposición, incluida la panista, no puede dejar de definirse en ningún momento como antigobiernista. Recuerdo de nueva cuenta que no está oponiéndose a un partido en el poder, sino al gobierno mismo y eso es lo que padecen todos los partidos de oposición: no luchan con otro partido, luchan con el gobierno mismo y este enfrentamiento tiene que producir diferencias y pugnas internas.

Creo que el PAN sufre el grave problema de no haber abundado en grandes intelectuales políticos. El grueso de la inteligencia mexicana ha ido a dar a otros partidos, o es apolítica. Sin embargo, en el periodo que me toca analizar, el PAN tuvo la fortuna de contar con un gran líder, que era a la vez un fino político y un intelectual de gran categoría. Me refiero a Rodolfo Christlieb Ibarrola, nacido en 1919 y muerto en 1969. Fue presidente del PAN de 1962 a 1968 y diputado federal de 1964 a 1967. Entre Adolfo Christlieb Ibarrola y Vicente Lombardo Toledano, que también fue diputado en esa legislatura, ponían siempre de cabeza a los priistas. Ambos eran oradores de primera categoría y desde luego Christlieb representó para el PAN una especie de alto en el camino que le permitió retomarlos de nuevo. De él puede decirse que refundó la doctrina y el destino político del PAN, cuando este partido tendía a la desazón y al dogmatismo derechista, pero nunca a la rebelión armada. Sin embargo, Christlieb le devolvió la confianza en sus principios fundadores y lo encauzó por senderos que el partido no había recorrido, o se había negado a recorrer, en la selva de la moderna sociedad de masas. Ese partido no quería tener nada que ver con la política sindical, por ejemplo, o con los problemas de las masas campesinas. Christlieb le fijó de alguna manera al PAN los límites sociales naturales en los cuales el PAN actuaría a sus anchas. Recuerdo un pequeño escrito —casi todos eran pequeños escritos los suyos— donde Christlieb trata el tema de la relación con los sindicatos. Ahí plantea la idea de que los partidos no deben estar en los sindicatos ni actuar dentro de ellos, sino que los sindicatos deben ser organizaciones autónomas, no solamente del gobierno y de los patronos, sino también de los partidos. Esta fue una tesis que luego adoptó el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) por influencia de un grupo, del cual yo formaba parte, el MAP, el grupo de los “mapaches”.

El PAN ha crecido de una manera extraordinaria después de las elecciones de 1979. Fue tal su éxito en las elecciones en los años ochenta, que llegó a empavorecer a muchos, no sólo de la izquierda, sino también del partido oficial. Recuerdo que había priistas que me decían, por ejemplo, "tú eres uno de los primeros que los panistas van a colgar". Les tenían miedo; pensaban que formaban una ola arrolladora que no había modo ya de parar. Sin embargo, creo —y así lo han reconocido hoy los propios panistas— que se trató del crecimiento natural de una fuerza política en plena expansión, pero que alcanzó, digámoslo así, sus límites naturales. Algunos especialistas en partidos políticos afirman que un partido fuerte, que se vuelve ya una parte indispensable de un sistema de partidos, es aquel que sobrepasa el 15 por ciento de la votación de manera permanente. Un partido consolidado es el que se aproxima al 20 por ciento de la votación y que luego la conserva. Pero los especialistas en partidos son, sobre todo, ciudadanos de países democráticos, en donde funcionan los verdaderos partidos, y si el PAN fuera un partido de un país democrático europeo, podría considerarse ya como un gran partido. Pero en México, cosa curiosa, el que no gana, siempre es pequeño, y este problema se deriva del marco histórico en el cual se han dado nuestros sistemas de partidos y al que me referí al principio. La oposición debe permanecer siempre como oposición al gobierno, y si nunca gana, jamás dejará de ser oposición. Por eso mismo siempre va a ser pequeña e insignificante, por más que crezca. Creo que eso se aplica también al PAN.

III. LA IZQUIERDA

Pasemos ahora a la izquierda. Como todos sabemos, la izquierda es prácticamente indefinible, pero quisiera conformarme aquí con decir que es un campo político en el que se dan, y vegetan a veces, todas aquellas fuerzas que luchan por un cambio radical de la organización política, económica y social del país. Hay ahí comunistas, socialistas, nacionalistas revolucionarios, nostálgicos del anarquismo, guerrilleristas, foquistas y toda una fauna inconmensurable, si no por el número de sus miembros, sí por el de sus denominaciones. Es bien sabido que en donde hay dos izquierdistas se forman al menos cinco partidos. Del enorme mosaico que conformó la izquierda en el periodo hay que mencionar, así sea muy brevemente, al PPS (Partido Popular Socialista) —al que ya hizo referencia Horacio— fundado en 1948 como Partido Popular. El partido de Lombardo Toledano no era, en la concepción de su fundador, que sigue siendo la misma de los pepesistas, un partido para hacer la revolución, ni siquiera la llamada revolución pacífica, que el movimiento co-

munista internacional inventó a la mitad de los años cincuenta, después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, por influjo particularmente de los comunistas italianos. Según este concepto, la revolución podía hacerse sin recurrir a la violencia; por eso se habló de la revolución pacífica. Ese concepto nunca entró en el vocabulario de los pepesistas ni en el de Lombardo. Éste fue el último que defendió a Stalin. No se trataba de una mera dependencia ideológica, sino de la experiencia vital del propio Lombardo. En mayor medida que el Partido Comunista en los años treinta, Lombardo fue el verdadero hombre de la Internacional Comunista y de Stalin en México.

Si bien el PP era un partido concebido por su fundador para servir de eje a una alianza antiimperialista que condenaría en torno a sí a todas las fuerzas patrióticas y nacionalistas del país, Lombardo creía que un país colonial, con remanencias feudales, tenía que liberarse a sí mismo antes de pensar en que la clase obrera pudiera tomar el poder y fundar un régimen socialista. Esos principios eran una antigua creencia de Lombardo. Los inscribió, ni más ni menos, que en la Declaración de Principios de la CTM (Confederación de Trabajadores de México) en 1936. En los hechos, esta grandiosa divisa se convirtió en una coartada para buscar siempre el amparo del Estado, puesto que aun dentro del Estado hay fuerzas patrióticas y nacionalistas. Cuando Lombardo decidió por primera vez apoyar un candidato presidencial del PRI, lo hizo poniendo por delante esta idea suya de que los antiimperialistas, los patriotas, los nacionalistas no estaban solamente fuera del gobierno. Fue una magnífica coartada, de la cual abusó el PPS hasta que alguien lo llamó partido paraestatal, con toda justicia. Hoy el partido es antisalinista, y aquí hay una historia particular: el licenciado Salinas no era el candidato patriótico del PPS, sino que era otro, tal vez. Quien sabe quién sería, pero en el pasado el PPS siempre fue un aliado del partido oficial.

No cabe duda que la fuerza de izquierda más interesante en el periodo, por lo menos entre 1965 y 1979, fue el extinto Partido Comunista Mexicano, que constituyó siempre una fuerza minúscula, pero significativa. Hacia el año de 1973, según su secretaría de organización, que estaba a cargo de Arturo Martínez Nateras (quien tiene varios "ex" en su biografía reciente: excomunista por supuesto, exparmista, ex-no-sé-qué, y ahora es priista. Bueno, no es priista; fue candidato del PRI, pero tuvo la desgracia de perder, lo cual estuvo muy mal para él), la militancia nacional del partido era de 500 miembros. Ustedes se imaginan, sin embargo, que de sus filas salieron casi todos los guerrilleros de los años setenta. Como llegó a confesarlo don Jesús Reyes Heróles, el gran inspirador de la Re-

forma Política, los comunistas no representaban ningún peligro para el gobierno, pero no dejaban gobernar, porque muchos de sus miembros emprendían el camino de la subversión. Para ellos y por ellos se hizo fundamentalmente la Reforma Política de 1977.

Muy ligados a la intelectualidad mexicana y, sobre todo, a los círculos universitarios, los comunistas eran pocos, pero muy significativos. Ello quedó de manifiesto en los primeros tiempos de la Reforma Política, con una pequeña coalición de grupos provenientes de sus filas y del lomarismo disidente. En las elecciones de 1979 se convirtieron en la tercera fuerza política del país. Su mentalidad cambió radicalmente. Desde los años sesenta, se habían atendido siempre a la teoría de la posibilidad de una revolución pacífica. Por ello, se opusieron abiertamente a la invasión de Checoslovaquia en 1968, y en los años preparatorios de la Reforma Política se convirtieron en interlocutores eficientes del gobierno. Ellos mismos promovieron la desaparición del antiguo PCM y la formación de nuevas fuerzas de izquierda. De ahí nació el primer partido de unidad de la izquierda, el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y después, el Partido Mexicano Socialista (PMS). Todavía varios años después de haber empezado a participar en las contiendas electorales, los comunistas se sentían muy incómodos haciendo elecciones. Siempre eran los primeros que en los partidos de unificación, después del PSUM, hablaban del peligro de que el partido se convirtiera en un partido "electorero". Como decía don Rafael Galván, se sentían como aquel músico, que por ser pobre, tiene que ir a tocar a los lupanares, pero es muy decente. Así se sentían los comunistas haciendo elecciones.

La izquierda no se ha deslavado ni ha desaparecido, como muchos postulan. Sería más justo decir que se ha venido adecuando a las circunstancias. Muchos izquierdistas siguen incluso hoy preconizando la instauración de un régimen socialista en México. El fenómeno del neocardenismo no impidió que la izquierda subsistiera, porque nunca se le opuso realmente. El mismo neocardenismo puede existir hoy gracias a su fusión con las antiguas fuerzas de izquierda, que le proporcionaron el registro partidario y muchos de sus mejores cuadros, lo que lo ha podido convertir en un verdadero partido. El cardenismo histórico, el del gran Cárdenas, tuvo, por lo demás, también muchos puntos de contacto con la izquierda histórica. Nadie duda tampoco de que hoy el Partido de la Revolución Democrática (PRD), fruto de la fusión de la izquierda y del neocardenismo, sea un partido de izquierda.

IV. CONCLUSIONES

Quisiera concluir, porque el tiempo ya se me agotó, diciendo que la oposición no ha dejado de ser lo que fue antes: un conjunto de fuerzas que se enfrentan con el gobierno y que son, por la necesidad de las cosas, antigobiernistas. Nadie debería de extrañarse ya de eso. Si en México se estableciera finalmente un régimen democrático, estas fuerzas dejarían de ser antigobiernistas para convertirse en fuerzas realmente institucionales.